

no al ponerlo en relación con otras culturas. Yo estoy tratando de hacer lo mismo porque creo que en los escritores latinoamericanos que hemos vivido un largo exilio ha habido un profundo egoísmo con la realidad que nos ha albergado. No existe París en la literatura latinoamericana de los últimos años, nadie habla de Francia, nadie habla de Europa, sin embargo, todos los escritores han vivido ahí, 20, 30 años; pocos son, sólo Ribeyro tal vez, que habla de París en algunos cuentos, Cortázar por supuesto en la maravillosa novela *Rayuela*, también se le acusó de no ser argentino, aunque no hay novela más argentina que *Rayuela*. En mi caso se ha tratado de hacer una literatura peruana, que transcurriera en París y que hablara de París, que un peruano pudiese hablar de París y hablar del Perú en París, y de lo que es la peruanidad, y de tratar de recuperar toda una experiencia vivida. Yo creo que en Francia ha habido una serie de acontecimientos sociales, económicos, políticos, que no figuran en la literatura de hombres que han vivido en París y que continúan escribiendo sobre una realidad, sobre una ciudad donde nacieron, en un país, etcétera. Lo cual quiere decir que han sido profundamente no escritores, creo yo, puesto que el deber de todo escritor es inquietarse absolutamente por el espeso bosque de la realidad, es decir, por todo lo que lo rodea a uno, absolutamente todo; yo estoy liquidando esa experiencia, tratando de terminar esta novela muy larga. La he comenzado ya, desgraciadamente este accidente de automóvil me impidió continuar, pero lo haré no bien pueda escribir a máquina, no sé escribir a mano. Y luego volver a los temas ya regionalmente situados en el Perú, puesto que me falta hacer la novela sobre aquel colegio increíble en que me eduqué, la novela de la adolescencia de la clase alta desposeída ya en el Perú por la reforma agraria, decadente totalmente, pero maravillosamente decadente. No se me acuse de reaccionario, por favor, si cuento esta maravillosa anécdota que honra, creo yo, a seres que quedaron de la noche a la mañana sin nada, todos los futuros dirigentes de la patria, se les cae siempre la baba a ellos, a sus hijos, pero son maravillosos; cuando regresé al Perú por primera vez el año 72, me invitaron a jugar un partido de fútbol en que nos enfrentábamos la primera promoción del colegio con la segunda promoción. Nos pusimos los viejos uniformes del colegio, nos vestimos de niños nuevamente, y maravillosamente se disputaba una preciosa copa de plata en la cual habían grabado tres o cuatro días después de que le habían quitado todas las tierras «Hugo Blanco, tierra o muerte venceremos».

Pregunta.—*¿Qué comentarios tiene sobre la crónica que hizo sobre Estados Unidos?*

Es una crónica que hice para un periódico mejicano. Lo reuní con otros textos sobre Fitzgerald y escritores que me gustaban en un librito, porque un escritor catalán muy amigo quería tener en su catálogo un libro mío. Fueron muy leídas en periódicos en Méjico sobre todo, y creo que en realidad más que sobre Estados Unidos hablan de América Latina, porque están contadas desde el punto de vista de los mitos del cine norteamericano que nosotros hemos visto; cuando el personaje se toma por William Holden y no sabe subirse a un tren a la carrera como William Holden, etcétera. Es un periodismo que yo empecé a hacer y que intento siempre hacer, que me gusta tanto como la literatura misma. Un periodismo un poco literario. En el fondo, muy subjetivo. Yo creo que la única manera de llegar a una objetividad total es a través de una subjetividad muy bien intencionada. Es el periodismo emotivo,

etcétera, que fue en efecto fruto de un viaje de muchos meses por el sur de los Estados Unidos, por el Deep South. Empieza en Virginia y termina en Nueva Orleans, donde fui por encargo de un periódico mejicano. Increíblemente tomaba notas de todo, absolutamente de todo lo que vi, leía todos los periódicos, pero dejaba que el azar interviniera mucho, no iba a buscar el periódico, sino que lo encontraba en el hall de un hotel, entonces leía lo que estaba leyendo la gente, penetraba al comedor y me sentaba cerca de una conversación: era un espía, en realidad, de la vida cotidiana norteamericana en esa región; y llené, lo guardo de recuerdo, un enorme cuaderno de notas. Cuando llegué a París y empecé a trabajar en función a las notas no me servían absolutamente para nada. Me di cuenta que era un periodista fracasado. Incluso había grabado algunas cosas pero no entendía lo que había grabado, y tuve que volver a escribir en base al olvido. Son textos inventados, es una ficción lo que hice. Claro, el itinerario está conservado, etcétera, pero yo creo que hablan mucho también del mito, del mito que fue para los latinoamericanos el cine de mi época, etcétera.

Pregunta.—*¿Qué conclusiones ha sacado acerca de la responsabilidad social del escritor latinoamericano?*

Una ponencia que hice en Venezuela, en el segundo congreso de escritores de lengua española, el 81, fue publicada en Caracas, en *El Nacional*, se titula «Una actitud ante el arte y la vida». Una especie de explicación de lo que es para mí la responsabilidad de un escritor. Voy a tratar de resumirlo brevísimamente. En realidad, he hablado de la responsabilidad y todo esto porque muchas veces se ha dicho de mí que soy una persona profundamente irresponsable. Mi entrevista con el general Velasco, por ejemplo, en 1972, fue una cosa absolutamente divertida y delirante. Cuando regresé a España para la presentación de *Un mundo para Julius*, una novela que había tenido mucha acogida, estaba en un estado de nervios y de depresión causados por ser escritor. Entonces la prensa española, ávida de noticias de lo que ocurría, de los fenómenos políticos que estaban ocurriendo en el Perú, me preguntaba y yo hablaba del general Velázquez. Me di cuenta de que me había equivocado de general, dije que se llamaba Velázquez; el periodista empezó a decir que yo evadía la responsabilidad y, en realidad, me equivoqué. Llegé a Lima y conté esto en una entrevista en la revista «Caretas» y dije que Velasco me parecía una persona muy agradable, muy simpática, y que me encantaría conocerlo. Inmediatamente esto fue recogido, y tuve una conversación con Velasco absolutamente delirante, me ofreció embajada, todo, y a las seis de la mañana seguíamos este trato de que todo hombre tenía un precio, y, finalmente, mi precio que fue aceptado por Velasco, quien era mucho más vivo que yo, fue una embajada en Venecia, donde yo siempre he querido vivir, esto motivó abrazos, agradecimientos, y en el momento en que abandonaba el palacio, Velasco me dijo jamás el Perú ha tenido embajada en Venecia. Este tipo de anécdotas, de bromas si se quiere, pero que son realidad, hace que muchas veces se me acuse de persona irresponsable; un escritor humorista no es un escritor irresponsable, yo creo que, como dice Cortázar, el humor es la manera de ver el lado cómicamente serio de la realidad y que es un arma increíblemente sutil, de observación, de penetración de la realidad. Lo que yo nunca he querido es asumir un rol mesiánico. Mi vida ha estado absolutamente ligada a los aspectos privados y nunca he

tenido un gran mensaje que dar y la política realmente no me interesaba; creo que los escritores estamos obligados a escribir, esa es nuestra responsabilidad, y que los deberes de un escritor están profundamente ligados a las obligaciones también de un público de dejarlo cambiar de un libro para otro totalmente. Allí creo, por ejemplo, que fui profundamente responsable cuando escribí *Tantas veces Pedro*, que era lo que yo necesitaba absolutamente escribir, y no una prolongación de *Un mundo para Julius*. E incluso cuando me presenté donde mi agente literario y el propio Carlos Barral, después de publicar *Un mundo para Julius*, con unos cuentos, cuando todo el mundo esperaba la segunda novela y me dijeron pero estás loco, cómo traes cuentos, está todo el mundo esperando otra novela tuya. Pero no me daba la gana de escribir novela, ahora quiero escribir estos cuentos; creo que así se van dando las responsabilidades y están ligadas las obligaciones del lector también, que es dejar que un escritor no escriba sobre aquello que no le interesa. Si uno opina sobre algo que no le interesa, por más que haya leído todos los libros que se hayan escrito sobre ese tema, no tendrá interés. Callarse cuando uno no sabe una cosa. Yo creo que esas son responsabilidades de un escritor; y, claro, la realidad latinoamericana es una realidad siempre urgente, siempre volcánica, y cuando llega uno a veces siempre le piden cosas tan enormes, tan diferentes a lo que es el acto solitario de escribir un libro, y uno no sabe decir que no y luego se mezcla en cosas y luego las hace mal; hay gente que sabe hacer esas cosas bien. Claro, yo he dado respuestas a veces bromistas, a veces me he equivocado, como en el caso de Velasco y Velázquez, etcétera, tal vez sea una falta de saber estar en la realidad, de saber estar en el mundo, creo que eso es lo que hace a un escritor, yo creo que el escritor es simplemente un rebelde a través de la palabra. Camus lo dice en *El hombre rebelde*, libro que me parece a mí escrito ayer, por la actualidad que tiene. Es eso lo que traté de explicar en este artículo, en esta ponencia que hice en Caracas, cuáles eran los deberes y las responsabilidades de un escritor. Yo creo que uno de los grandes defectos de una cierta literatura latinoamericana, maravillosamente superados ya por novelas como *Cien años de soledad*, que es una maravilla como está superada toda esa problemática, fue el maniqueísmo que ha habido en la literatura latinoamericana de una escritura de denuncia, que denunciaba lo mal que estaba un minero en la mina, pero ¿quién leía el libro?, el dueño de la mina. Pasado ese hecho injusto la obra carecía totalmente de valor; había que interesarse por el minero, el dueño y el obrero, yo creo que el escritor es un hombre que tiene que tener ese don o cualidad monstruosa, si se quiere, la palabra pertenece al campo de la psicología anglosajona, empathy, interesante por el bien y el mal, el verdugo y la víctima poner exactamente la misma cantidad de interés, y estar en todos sus personajes, yo creo que lo otro es panfleto, claro, con toda la eficacia de un buen panfleto, con datos estadísticos, etcétera; creo que la literatura tiene otra función, no es en absoluto inmediata, en la que el escritor es una persona, nuevamente lo vuelvo a decir, interesada por el enorme espeso, bosque de la realidad. Todo le debe interesar o si no le interesa, no escribir sobre ello, callarse. Eso ha sido para mí la explicación que di porque justamente, y creo que si mencionaba esta palabra, y agradezco la pregunta, de responsabilidades porque muchas veces me han tratado de irresponsable, y esta vez me expliqué, porque realmente ya estaba un poco cansado de que me trataran de irresponsable cuando yo

estaba escribiendo una obra que se publicaba, que existía. En la Universidad Menéndez Pelayo un escritor español empezó diciendo que ser escritor era ganar estatus social, y yo le dije perdóname, para mí ser escritor ha sido perder todo mi estatus social; cada día estoy pendiente de un trabajo, de llegarme un cheque, ha sido realmente una lucha heroica para llegar a ser escritor y ya no poder dejar de serlo nunca, y he aguantado muchas cosas que jamás hubiera tenido que aguantar si me hubiese quedado en el Perú, y me molestaba porque yo en el congreso de escritores aseguraba la nota del humor, siempre quedaba por el irresponsable, por el loco, por el hombre que no se enfrenta a la realidad, y creo que siempre la he enfrentado en la medida de mis posibilidades. Tal vez si he aludido a ese problema es porque me queda el eco, la angustia, que me produce. Tal vez la mejor respuesta que puedo dar es que en Caracas fui absuelto.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE
16 Rue du Carré-du-Roi
34000 MONTPELLIER (Francia)